

El Educador dentro del proceso educativo

JAUME PUJOL I BARDOLET, *f. s. c.*

PREAMBULO

La educación es dinámica, no sólo porque el educando está sometido a proceso de cambio, sino porque, además, el mismo educador es interpelado por multitud de variables de nuestro hoy, a nivel ideológico, político, filosófico, psicológico, sociológico, etc. Precisamente, al decir de Mac Luhan, «nuestra sociedad es la que abate las fronteras, borra las antiguas categorías y profundiza las cuestiones»¹.

Porque, «el hombre y la sociedad cada día hacen retroceder las fronteras de su propio conocimiento; pero, aparecen otras fronteras que conviene trascender para que el hombre llegue a ser cada vez más hombre». Y este aspecto debe de tenerse en cuenta al hablar del educador: tanto él personalmente como el contexto que habita están en proceso de cambio.

La «ilusión» está felizmente en la base de nuestro vivir y revivir. La «ilusión pegagógica» nos conduce a la «aventura pedagógica» en el mejor sentido de la expresión, ya que hace aspirar hacia unos objetivos, proporciona capacidad para permanecer a la espera... y a la escucha de la respuesta del educando.

¹ M. MACLUHAN, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, Diana, México, 1969.

LA ILUSION PEDAGOGICA

La ilusión pedagógica pertenece al orden de lo simbólico: lleva, en frase de Ferdinand Saussure² «de significante en significante», sin poder alcanzar nunca el «significado». Ciertamente que el educador a quien le falte la ilusión pedagógica, según el vocabulario de Carl Rogers³, o de R. Lobrot⁴, o la ilusión grupal, en el decir de Anzieu⁵, degrada su función educativa reduciéndola al cumplimiento de unos compromisos contractuales. La ilusión pedagógica hace que la convivencia, el compartir la vida... sean por sí mismas ya educativas. Porque no se trata de «hacer de educador», sino de «ser educador».

El sociólogo René Lourau señala tres momentos en la ilusión pedagógica⁶:

- La cultura, como riqueza, es decir, «saber objetivo»⁷.
- La «relación pedagógica», como esfera autónoma y privilegiada de la transmisión del «saber» y, sobre todo, del «saber vivir»⁸.
- La reforma de las estructuras institucionales de la educación⁹.

Pedagogía de hoy, por tanto, es aquella que es «inventiva» y creativa... «la que lleva las ideas a la práctica, y de la práctica deduce ideas». Nunca llega al punto final. Sobre todo, la «relación pedagógica» es para el buen educador el elemento más privilegiado, ya que tiene gran fuerza sobre la persona debido a su incidencia afectiva sobre la misma.

DE DONDE VENIMOS Y HACIA DONDE VAMOS

Tanto la ilusión pedagógica como la aventura educativa no tienen que hacernos caer en «espejismos» ni en «credulidades ingenuas», que nos situaran en un mundo distinto del que habitamos.

Desde hace unos años asistimos a un cambio radical en nuestra sociedad. Incluso los elementos tenidos por más inmutables, hemos llegado a apreciarlos como secundarios; y aquellos por los cuales habíamos orientado toda

² F. DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*, Payot, 1972, pp. 97 a 103.

³ C. ROGERS, *Développement de la personne*. Dunod Ite. partie. Comment puis-je aider les autres, chap. II. Caractéristiques de la relation d'aide. IIIe. partie. Par quel processus devient-on une personne?

⁴ M. LOBROT, *La pédagogie institutionnelle*, Gauthier-Villars, 1970, pp. 104 a 123.

⁵ D. ANZIEU, y Y. MARTIN, *La dinámica de los grupos pequeños*, Kapelusz, 1971. A.R.I.P., *Pédagogie et psychologie des groupes*, Epi, pp. 99 a 186.

⁶ R. LOURAU, *L'illusion pédagogique*, Epi, 1969, pp. 15 a 19.

«Une des pires illusions pédagogiques consiste à croire que le savoir peut être séparé des conditions matérielles, objectives et sociales de sa transmission» (p. 19).

⁷ R. LOURAU, *Op. cit.*, pp. 79 a 151.

⁸ R. LOURAU, *Op. cit.*, pp. 21 a 78.

⁹ R. LOURAU, *Op. cit.*, pp. 153 a 205.

nuestra existencia y esfuerzo los vemos ahora en la penumbra. El cambio ha sido acelerado, brusco y sin contemplaciones. Nos ha venido sin esperarlo, quizá incluso sin quererlo y no suficientemente capaces de asumirlo. Felizmente, no lo hemos podido evitar. El cambio de nuestra sociedad nos ha impulsado a cambiar en nuestras personas y, seguramente, ahora nos sentimos contentos por ello.

Como consecuencia del cambio, hoy, buena parte de educadores y de padres no saben cómo hablar a los jóvenes, ni cómo tratarles, ni qué responderles o exigirles o permitirles..., ni llegar a saber situar sus responsabilidades o el ejercicio de su autoridad..., ya que las mismas palabras tienen significados plurales y acaso muy diferentes.

En otras épocas, las ideas que circulaban llegaban a los jóvenes «filtradas» por la autoridad de los adultos, quienes al ejercer su función de autoridad, decían lo que había que pensar, creer y hacer. Toda la educación se vivía dentro de un contexto autoritario, y ello se veía como «muy normal». Hoy, en cambio, las nuevas ideas circulan «libremente» y acaso, muy a menudo, los adultos son los últimos en enterarse de ellas. Hoy se ha desvanecido el monolitismo y hay mil maneras diferentes de ver y de vivir la vida y el compromiso, de programarse... Existen otras maneras de ver la libertad, el comportamiento sexual, hay criterios divergentes sobre actitudes de Iglesia y de pertenencia a Ella. Ya no se considera válida la «tradición normativa» (sí, empero, la «tradición orientativa»), ni la importación sincrónica o diacrónica de maneras de hacer o de comportarse.

Mientras la anterior sociedad era monolítica, la de hoy es pluralista. Ya no existe una sola manera de ser bueno y de hacer el bien. Hay incluso formas de bien y de bondad, según unos, que son desconsideradas como tales por otros. Incluso asistimos al fenómeno por el que vemos enaltecido el mal y menospreciado el bien. Como mínimo, apreciamos un conjunto de ambigüedades que habría que discernir para la correspondiente prospectiva.

Venimos de una sociedad regida según un «modelo de orden» y nos encontramos ahora en una sociedad que pretende un «modelo de proyecto». De hecho, los educadores que hemos ejercido esta función durante más de veinte años, bien sabemos cuánto y cómo hemos tenido que cambiar en cuanto se refiere a actitudes y a medios educativos. Ya que se ha producido «cantidad de cambio» y «gran novedad del medio».

De aquí el gran cambio de valores: «Hoy el hombre se compromete en una formidable aventura. Y desde ahora las palabras clave ya no son plegaria, meditación, contemplación, sino estrategia y proyecto. Y desde este momento la comunidad humana se encuentra abandonada a sí misma. Toda referencia a un principio superior, al sagrado, a lo divino parece un lujo... y una alienación»¹⁰.

¹⁰ J. DUQUESNE, In Recherches et Débats, n. 73, DDB, p. 16.

Y así, al mismo tiempo que toma el progreso como proyecto, el hombre viene a ser víctima de manipulación, porque el proyecto interviene como «mito de Prometeo». El hombre tiene hoy la tarea difícil de «transformar el mundo»; los filósofos no hacen sino «interpretarlo».

Hemos pasado de una época de «culto de las instituciones» a otra época más propia de un «culto de las personas». Hoy, las personas constituyen el punto de gravedad o arquimédico en todo panorama social y educativo. Por eso, nuestra sociedad se caracteriza por superar las antiguas categorías y profundizar las cuestiones más vitales.

Hoy ya no son valores, al menos no son considerados como tales, la sumisión y desentenderse de los problemas..., sino la colaboración, la iniciativa, la creatividad, la moral del bien, el compromiso...

Por lo cual, todo lo dicho conduce a que los educadores tengan que asumir el cambio y saberse situar en las nuevas coordenadas que sirven de referencia.

EDUCAR EN UN NUEVO TIPO DE SOCIEDAD

Es una realidad que ha surgido un nuevo tipo de sociedad, y que «todo nuevo tipo de sociedad está llamado a instaurar un nuevo tipo de educación»¹¹.

Por lo que la nueva línea educativa ya no es por un sistema de autoridad que se exprese dominante, domesticante..., sino que transcurre más bien por otras actitudes más vitales y «animadoras», como son las de orientar, conducir... Y, aunque el educar exija el ejercicio de la autoridad, con todo, se ejerce de «otra manera nueva».

Para conocer el contenido programático de la palabra autoridad, convendría recorrer la etimología, tanto latina (augeo) como griega (auxo, auxano): ambas raíces significan «permitir ser», «hacer crecer». Es diferente, por tanto, de poder, dominar, convencer, tener el monopolio de la verdad, hacer cumplir, hacer a los otros semejantes a nosotros. Hoy, educar, significa hacer personas libres, permitir que sean diferentes de nosotros, permitir que descubran su mundo y puedan continuar construyéndolo y edificándolo..., ya que «cada hombre debe inventar, descubrir su camino».

Educación supone coordinar el elemento «autonomía de la persona» con el propio de una «domesticación» (o integración en un sistema). De hecho, los dos elementos resultan indispensables y son válidos en la medida que cada uno de ellos ilumina y da sentido al otro.

Educación supone una tarea de acompañamiento del educando, por la cual, li-

¹ P. BERGER, *La religión dans la conscience moderne*, Centurion, 1971, pp. 23 a 60.

berado tanto del autoritarismo como de la abdicación de la autoridad, el educador consigue situándose en el lugar que le corresponde, en permanente coloquio con el educando. Educando, el educador acierta a ser el adulto que corresponde en cada momento; de esta forma, el educando encuentra «la ayuda que necesita y que le estimula para hacer realidad el deseo de crecer cada vez más.

Educación es incidir en la expresión normal y espontánea del educando. Es mirar de hito en hito los valores de hoy y tratar de quererlos para que lleguen a ser realidad: es situarse en el contexto de hoy y en las coordenadas de hoy en un ambiente de libertad.

IMPORTANCIA DE LA PERSONALIDAD DEL EDUCADOR

Es de capital importancia. Si en otra época pudo parecer que el epicentro de la sociedad educativa lo constituía el mundo de las técnicas, hoy, en cambio, el elemento más importante lo constituye la persona del educador.

Por su tacto y por el carisma de la oportunidad, el educador da el gusto de la vida, de la bondad, de la belleza, de la ciencia... Pero, naturalmente, eso supone que él mismo tenga su personalidad penetrada por los valores que tiene que transmitir o permitir adquirir.

A veces, se está muy interesado para saber lo que conviene «hacer» para educar; es más adecuado llegar a saber lo que se tiene que «ser» como educador. Porque se educa más por lo que se es que no por lo que se hace.

La persona del educador tiene que estar dotada de un «yo» sólido, liberado de patologías y de angustias, tener capacidad de autoanálisis, de autocrítica..., saber aprender permanentemente del mundo de los educandos, tener capacidad de comprender, de «co-nocer», de «re-nacer»... de encajar la propia agresividad y la de los otros, de manera que la «lectura» de la experiencia de los educandos sea verdaderamente el «texto orientativo» del proyecto de educación.

Exige «calidad» en la persona del educador, más a nivel del «saber-vivir» y del «saber-hacer», que del «saber-objetivo», evidentemente.

La persona es «resonante» por sí misma (= per-sonare): hace resonar sus propios estados de ánimo. Eso constituye un fenómeno normal. La cuestión está en la positividad de la resonancia: si se resuenan más pulsiones de vida que de muerte; si vive más el gozo que la angustia, o al revés. Es decir, si los educandos se encuentran o no a gusto con el educador.

El educador tendrá que intentar comprender los fenómenos de grupo: tratar de captar qué hay debajo de lo que sucede. Cuáles son las situaciones de

afectividad «del» grupo, y la de los diferentes educandos «en» el grupo. Tomar decisiones y conclusiones en una lectura ingenua puede comprometer la educación de los educandos, impidiendo la expresión de la espontaneidad de los chicos y los correspondientes valores. La actitud de «serendipity» (= lectura profunda partiendo de lo que se vive como rutinario y vulgar) facilita la buena conexión y la normal relación con los educandos. Considero este punto de suma importancia.

La personalidad del educador tiene que ser serena y equilibrada, de forma que permita siempre a los educandos el debido y adecuado uso de la libertad, de la espontaneidad y de su propia originalidad. Por lo que deberá prestar atención a «no seducirlos», «ni fascinarlos». El «saber-ser» del educador tendría que corresponder con el «hacer-educativo».

Tomando la expresión de Kant —«padre es el símbolo que hace pensar»—, el educador tiene que saber ser suficientemente «interpelador» de la existencia y del comportamiento de los educandos. Más que corregir, el educador tiene que aportar luz, cuestionamiento y prospectiva para que el educando llegue a «auto-corrigerse». La corrección más válida no es la que se acepta por sumisión, sino más bien la que aporta convicción.

Dentro de este mismo aspecto, conviene ver la importancia que tiene en el educador la «capacidad de proponer»: más que la de «imponer». El buen educador deja de lado tanto la actitud «paterfamilias» («yo sé lo que es bueno para ti»), como la actitud «pantanososa» («haz tú mismo muy libremente lo que creas te es mejor»), y sabe tomar la actitud de «propuesta», por vía de permanente relación dialogal, por la que manifiesta al educando tres o cuatro líneas de conducta para que éste sepa escoger la mejor, sea entre las propuestas o entre otras que, por iniciativa coherente, se puede deducir de las anteriores.

El clima de serenidad del educador produce serenidad en el educando; lo mismo cabe decir respecto de la angustia en cuanto se refiere a la transmisión del bloqueo de las personas. La actitud de sosiego, sólo por este concepto, influye positivamente en la solución de los problemas; en cambio, el educador angustiado agrava las situaciones y crea nuevos problemas.

Es decir, el punto de soporte del educador, hoy, no está fuera de su persona, sino en ella misma. Es el mismo educador que inspira seguridad o incertidumbre, buena identidad o inseguridad.

Claro que, por cuanto voy exponiendo en estas líneas, no me refiero tanto a una situación ya adquirida por el educador como a un «proceso de personalización» a realizar permanentemente. En modo alguno quisiera contribuir a desanimar a los educadores, según la expresión de Robinson: «Los expertos han suscitado en nosotros un profundo complejo de inferioridad. Si ésta es la «scala sancta», no es para nosotros»¹².

¹² ROBINSON, *Sincero para con Dios*, Ariel, Barcelona, 1967, pp. 150 a 152.

Me refiero, por tanto, al gozoso proceso por el cual la personalidad humana tiende a la integración de los diferentes elementos de la persona, a la «re-actualización de sí mismo y a la «relación con el otro».

LA PROSPECTIVA EDUCATIVA

Fundamentalmente, se tendrá que hacer la buena dialéctica entre los elementos «actorígenos» (relativos a la personalidad propia del educador) y los «factorígenos» (referentes a las posibilidades educativas desde el punto de vista y las circunstancias de los educandos). Ni el mejor de los educadores debe nunca programar sin tener en cuenta la realidad de los chicos, ni el mejor de los proyectos educativos es válido si no es adecuado a su capacidad receptiva.

Por lo que el «tacto educativo» surgido de la personalidad del educador, tendría que incluir los siguientes elementos:

1. La actitud de presencia (= «prae essere») del educador con los educandos

Estar con los educandos sin estar por encima de ellos es la mejor manera para que puedan sentir la «necesidad» del educador y que se confíen a él. Haciéndoles independientes llegan a hacerse dependientes del educador, y aún pendientes de él. Mostrarles el camino y, al mismo tiempo, hacerles caminar delante de nosotros; estando con ellos, silenciosamente, pero atentos a sus «demandas» (que no siempre son expresadas verbalmente), el educador tendrá que saber descubrir lo que los educandos necesitan, que no siempre se corresponde ni con lo que nosotros creemos que necesitan, o lo que ellos explícitamente solicitan. Más que darles respuestas, resulta interesante seguir haciéndoles preguntas que, a la corta o a la larga, les faciliten el encontrar sus respuestas para orientarse adecuadamente en su vida. Existe un «saber-estar-con-ellos» que les beneficia, así como hay otra forma de «estar-con-ellos» que les es motivo de rechazo, y acaso les perjudique muy a pesar nuestro.

2. Tratar de conseguir que los educandos quieran auto-educarse

Al respecto, es más eficiente su querer que no el nuestro, cuando falta el suyo. A veces se someten a una ideología por vía racional; pero, de hecho, les resulta inaceptable y sin lógica, quizá por reacción natural contra una sociedad que les da la impresión de manipularles: como si la sociedad fuera regentada por los adultos y para los adultos.

3. La buena relación educador-educando, es fundamental

Las actitudes de respeto y de aprendizaje las suscitará el educador en la medida que sea testimonio en estos aspectos. No se trata de una política de

relaciones, sino de unas relaciones cordiales y sinceras. La buena relación es frágil y se entorpece cuando hay manipulación o se trata de imponer criterios o verdades o puntos de vista, defensas o protagonismo personal. En cambio, la relación se mejora por una actitud simétrica de «diálogo de nunca acabar», y de ello tiene que tener capacidad todo buen educador. Y cuando tenga que tomar decisiones tendrá que presidirle aquella modalidad y aquel «saber hacer» que no rompa nunca la ciudad dialogal. La dificultad consiste, sobre todo, en que nos cuesta estar disponibles «para escuchar lo que dicen los educandos»: nos parece perder nuestro tiempo... Ojalá que la relación con los educandos, a nivel de «diálogo», fuera simétrica..., ¡cuántas cosas aprenderíamos los unos y los otros! Siempre será mejor para los educandos que les «escuchemos» que no que les «hablemos»...

4. La lectura de la vida tiene que ser el «contexto» de nuestro «texto» educativo

Al fin de cuentas, el texto educativo pretende «vivir esta vida» y no el fabricar otra partiendo de bellas teorías. Un sentido crítico de las realidades presentes puede permitir el vivir de otra manera y más de acuerdo con la finalidad de un buen proyecto educativo.

5. La simetría educador - educando, a nivel de reflexión

Con ella se evitan los bloqueos y la artificilidad en el hablar, y se vehicula un lenguaje franco, espontáneo y normal: de plena comunicación. De esta manera se consigue la comunicación de mentalidades con las respectivas diferencias, y se educan mutuamente padres e hijos, educadores y educandos.

6. El adecuado conocimiento de la evolución del educando

Ya que «para enseñar latín a Juan, ante todo, hay que conocer a Juan, y después saber latín». Así, el educador tomará como cosa «muy normal» determinados comportamientos de los educandos y como actitudes lógicas para su edad. No creo que sea bueno pensar en el educando como un «adulto incompleto», o un «adulto enfermo», o un «adulto frágil», sino que hay que ver al educando con su propio estatuto completamente reconocido, sea como niño, sea como adolescente, sea como joven... Es importante que el educador sepa comprender las motivaciones de su comportamiento, así como sus reacciones, oposiciones, hostilidades, seducciones, etc..., es decir, que sepa ver aquello que «le hace decir lo que dice» y le «hace hacer lo que hace».

7. El educador tiene que «saber esperar»

El educador tendrá que saber esperar, incluso respetando el ritmo acaso lento de los educandos (cosa que no significa abonar su capricho o favorecer su

desidia). Saber esperar comporta, a un mismo tiempo, el carisma de «saber decir las cosas», sin pretender que siempre seamos comprendidos u obedecidos. El «saber decir» hará que un día los educandos «vean» sus vivencias de otra manera, que no lleguen a perseverar en la radicalización de sus posiciones, que lleguen a situarse en el camino de la verdad (que no siempre coincidirá con el de nuestros presupuestos). Las actitudes de aquellos educadores que quieren «hacer creer» o «convencer» son propias de quien no «saber esperar»... y de quien carece del carisma de educar. El saber esperar del educador permite que el educando tenga el «tiempo» suficiente de reflexión para asumir nuevos criterios, deponer los suyos... a partir del análisis de lo que se ha vivido.

8. La tarea de educador exige disponibilidad de tiempo para compartir la vida con los educandos

La cotidianidad de la vida resulta más educativa que el ejercicio de importantes responsabilidades: es en la vida de cada día y en la rutina que las personas «se encuentran» y se «ven» por un conocimiento personal. Por lo que conviene tener tiempo para «comulgar» con los intereses y las preocupaciones de los educandos, para captar los momentos afectivos de las personas y de los grupos, etc. A veces, en expresión de Denis Vasse, nos parece que las personas tienen que encontrarse en el trabajo, y resulta que el mejor lugar de encuentro es el «tiempo perdido», es decir, en el «tiempo compartido»... a nivel de comunicación interpersonal gratuita¹³.

9. Los educandos tienen que ser el centro de la educación

El educador tiene que saber situarse en los educandos. El plan educativo tiene que permitir vivir la tensión entre lo que «son» y aquello hacia dónde nos parece «tendrían que llegar». Es más válida una educación «surgida» de la realidad de los educandos que no una educación «dictaminada» por el buen sentido y excelente deseo de los educadores, si no se tuviera suficientemente en cuenta lo anterior. ¡Cuántas veces el saber y la experiencia de los mayores intoxica el clima educativo! Por lo que el proyecto educativo tiene que ser «endógeno» y en permanente revisión; tiene pocas garantías de éxito un proyecto «exógeno» e invariable.

¹³ D. VASSE, *Le temps du désir*, Seuil, 1969, p. 97.

«Le travail peut être l'alibi le plus mensonger de l'homme. Etre à son travail peut être, de toutes, la manière la plus sûre de ne pas être là où un autre nous cherche ou nous attend, dans notre parole. Relever la liste des expressions courantes dans lesquelles le travail est évoqué pour éviter une rencontre ou un affrontement serait une tâche simple... L'obligation de travailler se prête à toutes les justifications inconscientes et, pour nous prouver que ce n'est pas d'hypocrisie qu'il s'agit, mais de raison morale, nous nous «tuons» effectivement de travail.»

CONCLUSION

En síntesis, me atrevo a afirmar que la educación pertenece al orden del «deseo», que, según Paul Ricoeur, «es una demanda sin respuesta». Todo el proceso educativo consiste en una acción del educador que obtiene su resonancia y su respuesta a lo largo de la vida... con una «respuesta imprevisible». La respuesta inmediata no es sino una «respuesta provisional», que tendrá su interpretación a lo largo de la vida. Siempre es válida la pregunta que cada educador podría formularse sobre cada uno de sus alumnos: «¿Quién os parece será este niño?».

Por mayor intento de aproximación que se haga entre educador y educando, siempre medirá una gran distancia entre ambos. Mientras el educando vive todavía el «paraíso», el educador vive ya el «paraíso perdido». Hay pedagogos que hablan de la importancia de la frustración en el proceso educativo, afirmando, incluso, que si no existieran las frustraciones habría que inventarlas. Todo ello nos habla que educador y educando están situados en mundos distintos.

Con todo, no se trata de precipitar, ni de forzar la entrada del educando en el «paraíso perdido», sino de «saber acompañarle» por el camino que conduce a él como proceso normal de toda persona. En Génesis 3, 23-24, hallamos expresada la realidad del hombre adulto que ya ha llegado a ser «conocedor del bien y del mal»: «Y Yahveh expulsó al hombre del jardín del Edén... Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín Edén querubienes, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida».

Por tanto, educar significa ayudar a crecer partiendo del contexto edipiano: llegar a establecer la coherencia entre deberes, obligaciones... y felicidad e instintos... El educando tiene que ir adquiriendo un «yo propio» por el proceso dialéctico de las realidades expresivas de los símbolos «padre» y «madre» edipianos.

Y por ello, los educadores procuran a los educandos unos «modelos de referencia» para poder caminar hacia la edad adulta. Y este camino, el educando debe realizarlo con ilusión... ya que todavía le queda la posibilidad de vivir el «paraíso perdido» con la ilusión de construir permanentemente un «nuevo paraíso».